

Ortega y el canario muerto de Juan Ramón Jiménez (¿o de Alonso Quesada?)

ANTONIO HENRÍQUEZ JIMÉNEZ
Seminario de Humanidades Agustín Millares Carlo

Resumen: Se habla del eco de una elegía a la muerte de un pájaro canario por un poeta de la época más sangrienta de la revolución francesa (Lagache, hijo) en unas palabras de José Ortega y Gasset y de la reacción de Juan Ramón Jiménez a esas palabras, aventurando que esta reacción podía responder a la defensa de un escrito suyo y de un poema de Alonso Quesada. Se presentan los textos, junto a otros de Emilio Carrere e Hyppolite Taine.

Palabras clave: pájaro canario, revolución francesa; Lagache, hijo; José Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, Alonso Quesada, Emilio Carrere, Hyppolite Taine.

Abstract: It is presented the echo of an elegie on the death of a canary bird written by a poet who lived in the bloodiest epoch of the French revolution (Lagache, son) in some words of José Ortega y Gasset and about the reaction of Juan Ramón Jiménez to these words, adventuring that this reaction would be due to the defense of one of his works and of a poem written by Alonso Quesada. The texts are presented, along with other texts by Emilio Carrere and Hyppolite Taine.

Key words: canary bird, french revolution; Lagache, son; José Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, Alonso Quesada, Emilio Carrere, Hyppolite Taine.

La revista *El Cultural* del periódico *El Mundo* publicó¹ unas prosas inéditas del «impiadoso polemista» que fue Juan Ramón Jiménez, introducidas² por unas explicaciones sobre su origen (los archivos de la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico) y sobre el entronque en su obra y en su carácter. Una de aquellas prosas («La guerra grande y al canario chico»), datada a su pie con un 1915 entre paréntesis, me llamó ense-

¹ 3-9 de julio de 2002.

² «La cólera del niño Dios», firmado por José Luis García Martín (p. 3), y «Los papeles secretos de JRJ» (p. 5).

guida la atención. Al punto me asaltó la pregunta de si Juan Ramón Jiménez se estaría refiriendo a la prosa dedicada a un canario, inserta en el libro *Platero y yo*, publicado al final de 1914, o al poema «Elegía al canario» del libro, también recién publicado entonces —febrero de 1915— por Rafael Romero Quesada (*Alonso Quesada*), en *El lino de los sueños*.

La prosa de Juan Ramón Jiménez hace referencia a la censura de José Ortega y Gasset a un poeta «que en estos instantes ha escrito una elegía a la muerte de su canario». Busqué en vano la referencia en las *Obras Completas* de Ortega y Gasset, de Revista de Occidente. Con la ayuda de los miembros de la Fundación Ortega y Gasset, logré hacerme con el texto completo de la conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el 4 de abril de 1915. La conferencia está incompleta en las citadas *Obras Completas*. Se publicó en la revista *España. Semanario de la vida nacional*, bajo el epígrafe general de «Guía espiritual de España»³. Su título es «El monasterio». La conferencia formaba parte de la serie «Guía espiritual de España», organizada por la Sección de Literatura del Ateneo madrileño en 1915. Esta parte de la conferencia se reproduce en *El espectador. VI*, bajo el título «Meditación del Escorial». Se publicará entera, con los originales manuscritos preparatorios de dicha conferencia, en Octubre de 1965 en la *Revista Mapocho*⁴, y en 1988, en *Notas de andar y ver (Viajes, gentes y países)*⁵. De este libro transcribo más adelante lo que pudiera llamarse el preámbulo de la conferencia⁶.

La reflexión de Juan Ramón Jiménez ante las palabras de Ortega y Gasset es verdaderamente dura. Quizás sea esta la causa de que no la publicara en su momento; pero también podría suceder que considerase la posibilidad de que las palabras de Ortega no se refiriesen a él, sino a *Alonso Quesada*.

La alusión al poeta del *Mercurio* le debió parecer en un principio una excusa fácil para referirse a Juan R. Jiménez, o a *Alonso Quesada*, o a ambos a

³ N.º 11, 9-IV-1915, p. 7.

⁴ Chile, pp. 5-21.

⁵ Revista de Occidente-Alianza Editorial. *Obras de José Ortega y Gasset*, 32. Edición de Paulino Garagorri, pp. 43-74.

⁶ Pp. 42-43. Le sigue «Introducción sobre lo que es un paisaje», tampoco publicado en la revista *España*; lo mismo sucede con los párrafos titulados «Castilla imaginada desde el Jardín de los Frailes» y «Final» (pp. 62-74). Según Paulino Garagorri, partes del texto que publica «fueron luego utilizados por Ortega y aparecieron dispersas bajo diversos títulos, pero otras han permanecido inéditas y se publican ahora en España por primera vez. Así se restablece el original en su probable integridad, que incluso comprende, como verá el lector, un final de la conferencia que, ante la necesidad de abreviarla, hubo de ser sustituido por otro». En «Castilla imaginada desde el Jardín de los Frailes», Ortega cita unos versos de Antonio Machado «que me está ahora escuchando». Sería interesante saber si asistió también Juan Ramón Jiménez a la conferencia, cosa más que improbable, pues es sabida su aversión a cualquier acto público. Si así no sucedió, ahora se sabe que quedó bien enterado del preámbulo de la conferencia.

la vez. Los dos poetas acababan de publicar sendos libros en los que se hacía una elegía a un canario muerto. Se sabe que Juan Ramón Jiménez seguía la trayectoria de Alonso Quesada, y, de seguro estaría al tanto de las noticias de la prensa madrileña sobre la lectura de *El lino de los sueños* en el Ateneo de Madrid, por Agustín Millares Carlo, el 25 de febrero de 1915⁷. No es de extrañar que entre los asistentes a la lectura hubiera algún amigo que le llevara la noticia del evento⁸. Tampoco es de extrañar que Luis Doreste Silva, a cuyo empeño se debió que se publicara *El lino de los sueños*, enviara el libro de Alonso Quesada a Juan Ramón Jiménez, o que llegara a sus manos de alguna otra manera. En la biblioteca de Moguer no aparece el libro de Alonso Quesada, cosa que nada significa conociendo los avatares de los libros de Juan Ramón Jiménez. Sí se sabe, por las cartas de Fernando González a Saulo Torón, que Juan Ramón Jiménez conocía *El lino de los sueños* y lo que Alonso Quesada iba publicando posteriormente en revistas. Estas noticias datan de 1922 y 1923. No es, pues, de extrañar que conociera el libro en el momento de su aparición, y que la airada prosa fuera una defensa por los dos.

Juan Ramón Jiménez, en su reflexión, acusa al filósofo conferenciante de insensibilidad, al preguntarle si él «en estos días de guerra, no ama, no aspira, no sueña, no huele una flor, no besa a su hijo».

Juan Ramón Jiménez publica la prosa «El canario se muere» en la edición de Acebal (Noviembre de 1914) de *Platero y yo*. Lleva el número LI. En la edición completa de la obra (Calleja, 1917), lleva el número LXXXIII. No tengo noticias de que el texto se publicara anteriormente⁹.

⁷ Entre los asistentes a la lectura, se encontraban María Álvarez (la hija de Colombine), Andrés González Blanco, Luis García Bilbao, Fernández Ardavín, Llovet, Olmedilla, García Sanchiz, Miguel Sarmiento, Luis Doreste, José Franchy y Roca, Néstor Martín Fernández de la Torre, Izquierdo, y Merino. De hecho, en la reseña que se hace del banquete ofrecido a Rafael Romero por la publicación del libro, el 27 de marzo de 1915 en Las Palmas, entre los varios telegramas que se presentan, aparece el siguiente: «Rafael Romero.- Considérenos presentes en el banquete con nuestra entusiasta felicitación.- Francisco Acebal.- Juan Ramón Jiménez.- Santiago Rusiñol.- Manuel Abril.- Jacinto Grau.- Luis Bilbao.- Cipriano Rivas Cherif.- E. Díez-Canedo.- Juan J. Llovet.- Carlos Merino.- Juan Guixé.- Néstor.- Miguel Martín.- Fernando Izquierdo.- Juan del Pozo.- Bagaría.- García Sanchiz.» (Tomado de *La Provincia*, 29-III-1915: «Homenaje a Alonso Quesada. El banquete de antenoche».)

⁸ Afirma José Luis García Martín, en el ya citado «La cólera del niño Dios»: «Juan Ramón Jiménez presumía de estar al margen de la vida literaria, pero pocos poetas más alerta. Insomne y solitario, invisibles hilos de araña le ponían en contacto con las tertulias de los cafés, las redacciones de los periódicos, los talleres de imprenta, la remota revistilla de cualquier aislado grupo juvenil. No se susurraba su nombre sin que llegara a sus oídos, no había alusión que le pasara inadvertida. Y pobre del que se permitiera la más pequeña ironía en torno a su persona o a su obra. Juan Ramón respondía siempre, con toda su artillería. Y en la polémica personal no le ganaba nadie».

⁹ Por una carta de Juan R. Jiménez de 1927, se podría deducir que algunos de los textos pudieron aparecer antes de la publicación del libro, pero la distancia temporal le hace

El poema de Alonso Quesada «Elegía al canario» aparece en la sección «Situaciones líricas (Las horas, los momentos, los recuerdos.)» de *El lino de los sueños*. El libro apareció en Madrid a finales de febrero de 1915 (Imprenta Clásica Española). En la correspondencia mantenida con Luis Doreste Silva, encargado en Madrid de llevar a buen puerto la edición, no aparece ninguna referencia a este poema, ni para cambiarle algo, ni para dedicarlo, como sí sucede con otros del libro. Tampoco parece que hubiera visto la luz en alguna publicación antes de aparecer editado, como sí ocurre con otros poemas de *El lino de los sueños*. Posteriormente a la salida en público, sí he encontrado este poema en la prensa de Las Palmas de Gran Canaria (*Diario de Las Palmas*, 8-V-1915).

Es verosímil que Alonso Quesada escribiera su poema después de haber leído *Platero y yo*. Si es así, la fecha de escritura debe situarse a finales de 1914 o a principios de 1915. Posiblemente el libro de Juan Ramón Jiménez llegaría a las librerías de Las Palmas en el mes de diciembre de 1914 o a principios de enero de 1915. El poema de Alonso Quesada sería entonces una especie de homenaje al poeta de Moguer. Un homenaje algo precipitado, un apunte de poema, creo, sin pulir. Al menos, esa es la sensación que se puede sacar de la lectura del mismo. Índice de este dar por bueno lo primero que sale a las puntas de la pluma es el hecho de acabar el verso 5 en «partirla», con un enclítico que no puede llevar un verbo intransitivo («partir», significando «marchar, ir»), significado a que nos aboca el anterior «saliendo». A esto se añade el empleo de la misma palabra al final de dos versos contiguos, aunque con género distinto («extraña», «extraño»); como la repetición del enclítico «la» al final de los versos 5 y 6.

En el mes de marzo de 1915, firmando con las iniciales de su pseudónimo más conocido, Alonso Quesada publica una lírica reseña de *Platero y yo*, titulada «*Platero y yo*. Elegía para los niños, pero quizás, más para los hombres, por J. Ramón Jiménez»¹⁰, en la que no hace referencias a esta prosa.

confundir el año 1914 por 1917, año de la edición completa del libro. La carta (En *Cartas de Juan Ramón Jiménez (Primera selección)*. Recopilación, selección y prólogo de Francisco Garfias. Madrid, Aguilar, 1962, pp. 299-230), del mes de diciembre de 1927, la dirige Juan R. Jiménez al Director del periódico madrileño *El Sol*, «sobre el desagradable asunto que D. Luis Bello ha traído con su artículo sobre mi libro *Platero y yo*». Escribe el poeta moguerense: «Yo no he suprimido nunca página alguna. Si en la primera edición no aparecen esas páginas es porque el libro era entonces poema, que luego fue tomando más cuerpo hasta quedar completo en el año 1914 que lo da la Casa Calleja.»

¹⁰ *Diario de Las Palmas*, 13-III-1915. No está de más recordar que, al aparecer el *Diario de un poeta recién casado*, se publicó una reseña en el periódico *Ecós* (Las Palmas, 21-VI-1917), sin firmar, que tiene todas las trazas de ser de la pluma de Rafael Romero. Allí lo trata de «nuestro amigo el poeta». Califica la obra de este «artista tan sencillo y tan puro» como «unas tenues páginas de oro donde el impalpable lirismo de Juan Ramón Jiménez alcanza su mayor y definitiva transformación». A continuación presenta el poema «Niño en el mar».

Habrà que recordar que Alonso Quesada, en el mismo *El lino de los sueños*, publicó otro poema, «Jaula abierta», en el que el protagonista es otro pájaro, un ruiseñor¹¹. En él se encuentran elementos de la «Elegía al canario» («el ruiseñor se ha marchado / dejando mi alma abierta al Infinito», «pájaro de oro» y las «alas»). Y en ambos, algunas concomitancias de la elegía de *Platero y yo*: «el canario [...] ha amanecido hoy muerto», la referencia a lo infantil, al sol que «hacía jardín la estancia abierta», a los «trinos claros de oro puro». Salvo esto, en el breve poema de Alonso Quesada no se encuentran otras referencias a la prosa juanrramoniana. El poeta canario se limita a mostrar el hecho de encontrar muerto al pajarillo y la emoción que le produce, un dolor que se parece a la sensación de que el alma se le va saliendo del pecho y no tiene el valor de sujetarla.

Otra referencia al poeta que cantaba a su canario muerto la encontré en la revista madrileña *La Esfera*, unos años más tarde (1919)¹², en la sección «De la vida que pasa», bajo el título «La elegía al canario», y firmada por Emilio Carrere¹³. Emilio Carrere da noticia de la publicación en el *Mercurio* francés de «una sentida elegía en memoria de su canario», en la época del terror de la revolución francesa.

Fiado en el preámbulo de la conferencia de Ortega y Gasset, pedí el microfilme del *Mercurie Français*, que así se llamaba entonces la revista, de 1793; pero la poesía «A los manes de mi canario» no se encuentra allí. De los autores que escriben poemas en dichas páginas, sobresalen Benoît Lamothe, Talairat, La Chabeaussière, Ducis.

Aparecen varios poemas anónimos; también una sección en cada número de charadas, enigmas y logogrifos, en verso. El responsable de las páginas de «Poésie», además de las de «Littérature, extraits ou notices», es Laharpe. Hay traducciones en verso de Tibulo y Virgilio. Poemas dedicados a los «manes» aparecen sólo dos: «Coraucez aux mânes de son fils Godefroy», sin autor; y «Aux mânes de Lemière», por Sedaine. Marmontel aparece con uno de sus cuentos morales, en tres números de la revista¹⁴. Hay otros cuentos anónimos. Entre las obras reseñadas, se encuentra las *Fables* de Florian, donde se cita la deuda de este fabulista con el canario Iriarte¹⁵.

Confuso ante tal resultado, se me ocurrió buscar noticias en alguna historia de la revolución francesa, en la época del terror. Espigando algunas, cayó

¹¹ En la sección «Intermedio juvenil (Versos de la primera mocedad)».

¹² Año VI, n.º 274, 29-III-1919, [p. 2].

¹³ El escrito de Carrere se publicó también en la revista bonaerense *Fray Mocho*, n.º 651, el 14-X-1924, [p. 15], con algunas diferencias que anotaré a pie de página.

¹⁴ Remy de Gourmont hace un repaso a los poetas de la revolución en sus *Promenades Littéraires. Deuxième Série* (Paris, Mercure de France, 1913): «L'Almanach des Muses pendant la Révolution». Lagache hijo no es citado, ni tampoco Marmontel.

¹⁵ Deuda que señala el mismo Florian en el prefacio de su obra. En la reseña se lee: «et surtout d'un poète Espagnol, Yriarte, qui lui a fourni ses apologues les plus heureux».

en mis manos la obra de Hyppolite Taine *Les origines de la France contemporaine*, en la que cita a muchos escritores. Pero el estudio que hace de la época del terror, aunque en él aparecen escritores que firman en el *Mercure Français*, no da noticia del hecho que buscaba. Me pasé al primer tomo de la obra, *L'Ancien régime*, y allí me encontré la cita que posiblemente leyó Ortega y Gasset y Emilio Carrere. En el capítulo dedicado a los salones en el antiguo régimen, se vuelven a citar escritores que aparecen en el *Mercure Français*. Allí están Ducis, Marmontel, Florian, Laharpe, y la noticia buscada. Taine habla de las costumbres mundanas y disipadas de la época, de la búsqueda del sentimentalismo en las letras y en las artes, y cita a Rousseau, los idilios rústicos de Greuze, etc.¹⁶ En la obra aparecen citados los *Cuentos morales* de Marmontel, y los versos «aux mânes de mon serin», que abrían las páginas del número del *Mercure* que vio la luz después de las masacres de septiembre de 1792.

No es de extrañar que Ortega y Gasset conociese el texto de Taine, autor al que cita varias veces en sus obras, criticando sobre todo su determinismo.

Ayudado, pues, con la noticia de Taine, acudí al *Mercure Français* de 1792. Y, efectivamente, abriendo el número «Samedi 8 Septembre 1792», bajo el título «Pièces fugitives», se encuentra el poema «Aux mânes de mon serin», firmado por M. Lagache hijo, de Amiens. Nada he encontrado sobre este escritor, que publica en la misma revista otros poemas ese mismo año. Modernamente el poema ha visto la luz, en facsímil, en la obra de Pierre Gascar *Album. Les écrivains de la Révolution. Iconographie choisie et commentée* (Paris, Gallimard, 1989, Bibl. de la Pléiade, p. 192)¹⁷.

TEXTOS

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

En 1793, en la sazón más cruel de la Revolución francesa, cuanto del Terror segaba a diario centenares de gargantas, el *Mercurio de Francia*, revista de los poetas, publicaba una poesía con este título: «A los manes de mi canario».

¹⁶ *Les origines de la France contemporaine. L'Ancien régime*. Tome premier. Quatrième édition. Paris, Librairie Hachette et Cie., 1887. Tome premier. Livre deuxième. Les mœurs et les caractères, Chapitre III, Inconvénients de la vie de salon, II, p. 210.

¹⁷ Se presentan facsímiles de las dos páginas del *Mercure Français* donde apareció el poema. A pesar de encontrarse el título de la revista como queda dicho y el nombre y origen de su autor, Pierre Gascar anota (230) lo siguiente: «M. Lagache fils d'Amiens, *Aux mânes de mon serin*. Poème in *Mercure de France*, Paris, 8 septembre 1792.»

Confieso que esta anécdota me salió al encuentro como una amonestación al empezar a recoger las notas que siguen con el fin de leerlas hoy ante vosotros. ¿No es absurda la tranquila ocupación literaria cuando en torno cruje el cuerpo de la historia, retiembla desde las raíces a la cima y sus flancos convulsos se entreabren para dar a la luz una nueva edad? ¿No es insoportable esa inactualidad del pobre poeta imbécil que, mientras los hombres se degüellan, recuerda a su canario?

Cuando amenaza a un grupo de personas el objetivo instantáneo de un fotógrafo, por muy ajenas que ellas sean a toda presunción, sienten un movimiento involuntario que les lleva a corregir su postura y a componer el gesto. Todos, en efecto, sentimos un confuso terror a vernos perpetuados en una actitud indigna de la perpetuidad.

Pues bien, ciertos acontecimientos sociales parece que no han menester de aguardar a que el historiador los convierta mañana en historia, sino que se presentan desde luego con el carácter de páginas históricas. De este linaje es lo que hoy pasa en torno nuestro. Cierto que de la guerra inmensa sólo llega a nosotros un vago rumor, ese vago rumor que al arrabal desierto y silencioso de una grande urbe llega cuando en las plazas centrales se hace fiesta mayor o estalla un motín. Mas ello es que nos parece como si todo lo que hoy pasa, tal y como pasa fuera a quedar para siempre eternizado en la historia. Y es justo que aun a los hombres de condición más oscura, les preocupe no ser sorprendidos en una actitud poco decente, por ejemplo, cantando a su canario como el poeta de París.

Sin embargo, que el cuidado de evitar este escollo no nos lleve a adoptar una posición fingida y convencional, movidos por la preocupación de situarnos, según suele decirse, a la altura de las circunstancias. Cuando no sabemos bien qué hacer, lo mejor que podemos hacer es ser sinceros, esto es, cumplir con intensidad la tarea que la hora nos presenta. Si lo hacemos hondamente, seriamente, estemos seguros de que toparemos con algo esencial. Y lo esencial es siempre actual.

En 1807, aquellos días mismos en que el cañón de los soldados napoleónicos tronaba sobre la campiña de Jena, dentro de la ciudad, en su aposento, Hegel, tranquilamente, concluía de escribir la *Fenomenología de la conciencia*. En este libro prodigioso se hablaba de todo menos de Napoleón el Grande, menos de lo que entonces ocurría, y no obstante, ese libro es una de las simientes para otra Alemania que en 1870 se vengó de Napoleón el Grande derrotando a Napoleón el Pequeño. ¿Podemos llamar inactual la actitud de Hegel?

Como veis no es cosa fácil ésta que voy a intentar: no es fácil hablar con dignidad del Escorial mientras un incendio incalculable cierra la línea toda del horizonte. Y habéis de auxiliarme con una peculiar benevolencia, porque si no me conviene encontrarme junto al poeta que canta a su canario, me sería mucho más perniciosa la aproximación a Hegel.

Vamos, pues, hacia el Escorial. Lamento que la Sección de Literatura no haya tenido hoy para vosotros un *cicerone* más ornado o siquiera de mejor humor. Yo sólo puedo invitaros a un viaje meditabundo. Y con objeto de que en nuestro camino no nos perdamos dividiremos la jornada por capítulos.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

La guerra grande y el canario chico

José Ortega y Gasset, para cimentar (débilmente) una necesaria alusión a esta guerra, ha censurado acerbamente a un poeta ¿francés o español? que en estos instantes ha escrito una elegía a la muerte de su canario.

¿Es que mi querido amigo, en estos días de guerra, no ama, no aspira, no sueña, no huele una flor, no besa a su hijo? ¿Qué tiene el pobre canario para irse, por morir en día de guerra, sin la mirada compasiva de su amo?

Si todos los países cantaran a sus canarios vivos y muertos, es posible que no hubiera nunca estallado esta guerra. Es una pena que Ortega no emplee su gran talento oratorio, retórico, en la esposición de la cátedra, en la tribuna pacífica de la filosofía y del arte. Y que infle, (a las estrellas al fin y siempre) pues que no es hombre de acción, vanos y errantes globos de patriotismo accidental y hueco, apareciendo y desapareciendo, con levita y tristeza del momento, por los escenarios oscuros y las tribunas rojas.

Sobre toda la palabrería forzada y lejana, revuela amarillo y bello un canario mudo y transfigurado con una ramita de oliva en el pico, el canario que Ortega tanto desprecia, de la paz.

(1915)

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

LI

EL CANARIO SE MUERE

MIRA, Platero; el canario de los niños ha amanecido hoy muerto en su jaula de plata. Es verdad que el pobre estaba ya muy viejo... El invierno último, tú te acuerdas bien, lo pasó silencioso, con la cabeza escondida en el plumón. Y al entrar esta primavera, cuando el sol hacía jardín la estancia abierta y abrían las mejores rosas del patio, él quiso también engalanar la vida nueva, y cantó, pero su voz era quebradiza y asmática, como la voz de una flauta cascada.

El mayor de los niños, que lo cuidaba, viéndolo yerto en el fondo de la jaula, se ha apresurado, lloroso, a decir:

—¡Puej no l'a faltao ná; ni comida, ni agua!

No. No le ha faltado nada, Platero. Se ha muerto porque sí —diría Campoamor, otro canario viejo...

Platero, ¿habrá un paraíso de los pájaros? ¿Habrá un vergel verde sobre el cielo azul, todo en flor de rosales áureos, con almas de pájaros blancos, rosas, celestes, amarillos?

Oye; a la noche, los niños, tú y yo bajaremos el pájaro muerto al jardín. La luna está ahora llena, y a su pálida plata, el pobre cantor, en la mano cándida de Blanca, parecerá el pétalo mustio de un lirio amarillento. Y lo enterraremos en la tierra del rosal grande.

A la primavera, Platero, hemos de ver al pájaro salir del corazón de una rosa blanca. El aire fragante se pondrá canoro, y habrá por el sol de abril un errar encantado de alas invisibles y un reguero secreto de trinos claros de oro puro.

ALONSO QUESADA

ELEGÍA AL CANARIO

Hoy, al dar el sustento al pajarillo,
le hemos hallado muerto.

Fue una extraña
emoción, un dolor tan extraño,
como si lentamente fuera saliendo el alma
de nuestro pecho, y viéramos partirla
sin tener el valor de sujetarla...

Un silencio infantil, sobre nosotros
pone las suaves alas...

¡El pájaro de oro se ha evadido
por un rayo de sol de la mañana!

EMILIO CARRERE

Hubo un poeta bonachón a quien se le murió un canario-flauta que tenía en gran estima. Reinaba María Antonieta, la Venus austriaca, cuando acaeció este grave suceso en la vida mansa de nuestro poeta. Vivía en un barrio apartado de París, y decidió encerrarse en su casa para componer una sentida elegía en memoria de su canario.

Fue una pieza poética bastante extensa. Cinceló primorosamente las rimas, hizo toda suerte de retóricos malabarismos con las palabras y, al cabo de seis meses de trabajo, puso su firma al final de las múltiples hileras de renglones cortos. El poeta respiró satisfecho; su canario estaba llorado¹⁸ poéticamente.

Durante su aislamiento se desarrollaron los más sangrientos episodios del «Terror».

El poeta, que no se había enterado de nada, llevó al *Mercurio* la elegía al canario, creyéndola de gran interés patético¹⁹, cuando a diario centenares de cabezas humanas caían en el cesto de Maese Guillotín.

A mí me sucede un poco lo que a este poeta. En los cuatro años de la guerra he estado muy distraído²⁰ haciendo elegías a los canarios-flautas, y no me he enterado de nada. Sabía que la muerte y el diablo se folgaban copiosamente al calor de la hoguera del mundo, y que se estaba escribiendo la página más abominable para la Historia de la locura de la Humanidad²¹.

Realmente, las agencias telegráficas hubieran contribuido a mi confusión; los aliados y los imperiales obtenían idéntica victoria en la misma batalla, según las conveniencias subterráneas de las fuentes informativas que llegaban a calmar mi curiosidad. Ésta era una broma demasiado pesada.

Decidí, pues, dedicarme a la filosofía²² esotérica y al noble juego de carambolas.

Después de una gran serie de retrocesos y de recodos de fraile, abro un ojo a la realidad exterior y me encuentro con una divertida batalla de reyes. Esto ya empieza a interesarme. Es la voz potente y magnífica de los pueblos la que se oye por encima de las fronteras. No es la sirena falaz de la diplomacia, ni el bárbaro rugir de los cañones. Este concierto le place más a mis orejas de hombre pacífico y civil.

Este encantador no enterarse de nada me ha librado acaso de las violencias de la pasión. De este hervidero enconado de filias y fobias surjo ingenuamente, espectador ecuánime, aunque dolorido, del monstruoso asesinato de tantas floridas juventudes. Ninguna fobia se retuerce en mi alma; únicamente el amor sereno y ungido de compasión para los que duermen bajo las sábanas de la tierra, para todos los huérfanos del mundo, para las madres dolorosas, con el pecho atravesado por los siete puñales.

No influye en mi sentimiento que los muertos sean germanos, los huérfanos belgas o las doloridas mujeres inglesas o turcas. En mi geografía sen-

¹⁸ En la revista argentina, sigue: «muy».

¹⁹ En la revista argentina, sigue: «poético».

²⁰ En la revista argentina, no aparece: «muy distraído».

²¹ En la revista argentina, las iniciales de «historia» y de «humanidad» son minúsculas.

²² En la revista argentina, falta desde aquí hasta «el mundo es como un cadáver». Se explica la mutilación por las referencias a la guerra europea, ya acabada hacía algún tiempo. No se explica cómo no se quitaron las alusiones del quinto párrafo.

timental no hay fronteras. Es el dolor humano que se retuerce ante mis ojos por siglos de siglos, multiforme Prometeo amarrado al potro de la crueldad, de la locura y del crimen como por una maldición oculta y milenaria.

Y, como no me he enterado de nada, me he librado, ¡oh felicidad!, de leer los artículos de los críticos de guerra, esos hombres terribles que anunciaban la probable destrucción de millares de hombres con la misma frialdad de la del ajedrecista, que calcula las jugadas ante el tablero.

¡Germanófilos, aliadófilos! El momento es un vendaval de pasiones enconadas, el mundo es como un cadáver donde la materia se desborda, falta de la mónada directriz.

Las testas coronadas tienen trágicas pesadillas en las doradas alcobas de sus palacios. A nuestro rincón llegan salpicaduras de la putrefacción mundial, y se plasman los odios violentos en esta hora que debiera ser de la piedad universal.

Más allá del tiempo y del espacio, Shakespeare, Goethe y Hugo se funden amorosamente a la serena y dorada luz del Elíseo.

Son la eternidad del genio humano sobre las divisiones geográficas, sobre los crímenes de los ejércitos, sobre los rojos odios de esta hora siniestra de la historia.

El poeta que escribió la elegía del canario, durante el «Terror», fue superior a sus contemporáneos; su pluma no se manchó con el fango del odio, ni sus manos con la sangre fraterna.

HYPPOLITE TAINÉ

Les origines de la France Contemporaine. L'Ancien Régime (Livre deuxième, Chapitre III, II).

Après eux [Rousseau et Greuze], Ducis, Thomas, Parny, Colardeau, Roucher, Delille, Bernardin de Saint-Pierre, Marmontel, Florian, tout le troupeau des orateurs, des écrivains et des politiques, le misanthrope Champfort, le raisonneur Laharpe, le ministre Necker, les faiseurs de petits vers, les imitateurs de Gessner et de Young, les Berquin, les Bitaubé, tous bien peignés, bien attifés, un mouchoir brodé dans la main pour essuyer leurs larmes, vont conduire l'éclogue universelle jusqu'au plus fort de la Révolution. En tête du *Mercur* de 1791 et de 1792 paraissent des *Contes moraux* de Marmontel¹, et le numéro qui suit les massacres de septembre s'ouvre par des vers «aux mânes de mon serin.»

1. Numéro d'août 1792: «les Rivaux d'eux-mêmes».—Autres pièces insérées vers le même temps dans le *Mercur*: «Pacte fédératif entre l'hymen et l'amour, le Jaloux, Romance pastorale, Ode anacréontique à Mlle S. D., etc.»

TRADUCCIÓN DE LUIS DE TERÁN²³

En pos de ellos, se aprestan a llevar la égloga universal hasta lo más fuerte de la Revolución, Ducis, Thomas, Perny, Colardeau, Roucher, Delille, Bernardino de Saint-Pierre, Marmontel, Florian, toda la banda de oradores, de escritores, de políticos, el misántropo Chamfort, el razonador Laharpe, el ministro Necker, los cancioneros, los imitadores de Gessner y de Young, los Berquin, los Bitaubé, todos bien peinados, atildadísimos, con un pañuelo bordado en la mano para enjugarse las lágrimas. A la cabeza del *Mercurio* de 1791 y 1792 aparecen los *Cuentos morales* de Marmontel, y el número siguiente a las carnicerías de septiembre empieza con unos versos «*A los manes de mi canario*».

LAGACHE HIJO

PIÈCES FUGITIVES

AUX MÂNES DE MON SERIN

Toi qui depuis dix ans, dans mon humble hermitage,
 Dissipais mes ennuis par ton charmant ramage;
 Toi qui de Philomèle imitais ces accents
 Dont elle vient, chaque printemps,
 Animer le voisin bocage,
 Tu n'es plus!... Reposant dans les bras du sommeil,
 Quel cri plaintif a causé mon réveil!
 Dans l'ombre j'ouvre la paupière,
 Je ne distingue rien; inquiet, agité,
 Je saisis dans l'obscurité
 Cet instrument d'acier, d'où jaillit la lumière;
 Alors je t'aperçois, étendu, palpitant;
 A te secourir je m'empresse;
 Pour toi, dans ce fatal instant,
 Je sens redoubler ma tendresse;
 Je te baise, je te caresse;
 De la Parque je crois arrêter le ciseau
 En t'échauffant de mon haleine;
 Hélas! mon espérance est vaine,
 Tu péris, et mon *sein* est ton premier tombeau.
 Sous mes yeux à *dessein* laissée,
 A chaque instant du jour ta cage me dira:
 «Sa vie est comme une ombre en peu de temps passée;
 La tienne ainsi s'écoulera».

(Par M. Lagache fils, d'Amiens.)

²³ *Los orígenes de la Francia contemporánea. El Antiguo régimen* (Madrid, La España Moderna, [1900]).

[TRADUCCIÓN]

PIEZAS FUGITIVAS

A LOS MANES DE MI CANARIO

¡Tú, que desde hace diez años, en mi retiro
disipabas mis pesares con tu agradable trino;
tú, que de Filomela imitabas los sonidos
con los que ella llega, cada primavera,
para animar el bosque vecino,
tú ya no estás!... Reposando en los brazos del sueño,
¡qué grito lastimero ha causado mi despertar!
En la sombra abro los párpados,
no distingo nada; inquieto, agitado,
tomo en la oscuridad
el instrumento de acero, de donde la luz brota;
entonces te percibo, tendido, palpitante;
a socorrerte me apresuro;
por ti, en este fatal instante,
siento redoblar mi ternura;
te beso, te acaricio;
de la Parca creo parar la tijera
calentándote con mi aliento;
pero ¡ay! mi esperanza es vana.
Tú mueres, y mi seno es tu primera tumba.
Bajo mis ojos a propósito dejada,
a cada instante del día, tu caja me dirá:
«Su vida es como una sombra en poco tiempo pasada;
la tuya así se irá.»

(Por el señor Lagache hijo, de Amiens.)